

HERBERT READ

**A R T E**  
**P O E S Í A**  
**A N A R Q U I S M O**

*SEGUNDA EDICION*



**COLECCION**

**R A D A R**

**EDITORIAL RECONSTRUIR**

HERBERT READ

ARTE,  
POESIA,  
ANARQUISMO

SEGUNDA  
EDICIÓN



EDITORIAL RECONSTRUIR  
1962

idea encantadora, pero los ingleses no se sintieron halagados. Reían con su modo nervioso. Lo consideraban una buena chanza, una cosa rara. "Nunca sabrá usted —decían unos a otros— lo que se les ocurrirá a esos extranjeros".

Así, la neurosis de la normalidad queda preservada: es inexpugnable. Su manifestación más reciente es ilustrada por el término *highbrow* que en los últimos años se ha convertido en la máxima expresión injuriosa. Pues el hombre normal ha reconocido a su lado, no solamente a unos individuos singulares que pueden ser rechazados por ser artistas, sino a otros aún más extraños, y que se valen de medios no plásticos, es decir, de palabras, y a través de sus poemas, artículos, libros y discursos, se rebelan contra el ideal de normalidad; individuos que defienden al artista y a sus obras, y que se niegan además a aceptar el sistema económico del hombre normal, su ideal de caballero, la educación de sus escuelas públicas, todo el andamiaje de su normalidad. Esos excéntricos tan peligrosos deben ser estigmatizados, ridiculizados, puestos en solfa; deben ser objeto de chanzas, burlas y risotadas. Para eso se inventó la palabra *highbrow*, a modo de rótulo inconfundible. Basta aplicar ese rótulo a un hombre, para condenarle a los ojos del público, para hacer sus libros invendibles y su vida imposible. Pues el hombre normal, triste embaucado del capitalismo, con su tosco y bovino discurrir, reconoce en el *highbrow* a un perturbador de la paz; si no de la paz social, de la paz de la conciencia. "Paz de la conciencia", he ahí otra frase reveladora: constituye la orgullosa posesión de todo inglés normal.

Los que quieran estudiar nuestra neurosis nacional deben hacerlo en el lugar, pero es muy dudoso que un extranjero pueda jamás apreciar sus ramificaciones en nuestra sociedad. Una guía útil para los aspectos más evidentes de esa neurosis la ofrece el *Punch*, famoso órgano del humor nacional. Allí el *highbrow* es semanalmente objeto de mofa, mientras se exalta al hombre normal y se suprime todo lo relativo al sexo. Igualmente se hace burla de los pobres, cuya ignorancia es presentada como motivo de regocijo para los pedantes de la escuela pública. Todos los diarios revelan los aspectos más agresivos de nuestra nor-

la doctrina más adecuada a un capitalismo predatorio. Pero la doctrina pura de la libertad o libertarianismo, será una doctrina viviente en tanto sobreviva nuestra civilización; pues la vida de la civilización depende de nuestra libertad. Y depende de ella la forma más práctica y demostrable. La prueba debe, naturalmente, ser histórica; y de la historia emerge, en todos sus aspectos, la incontrovertible ley que Mill expresó en las siguientes palabras: "La iniciación de todas las cosas sabias y nobles provienen y deben venir de los individuos; generalmente, al principio, de un individuo". O bien, negativamente: "El despotismo de la costumbre es en todas partes un obstáculo permanente para el progreso humano y se manifiesta siempre en pugna con esa disposición que se llama, según las circunstancias, el espíritu de libertad o el de mejoramiento o progreso". La palabra progreso no me agrada tanto como a Mill; no es muy real como concepto aplicado a los últimos cinco mil años de historia, y es una tontería complacerse con esquemas de acción para la especie humana, a plazos relativamente cortos. En cambio, adhiero firmemente al hecho de la vitalidad, pues entiendo que de la vitalidad de una civilización depende simplemente la voluntad de vivir, al menos para un intelectual. Yo sé que algunos de mis contemporáneos pueden sacrificar complacientemente esta voluntad. Ello equivale a una forma de traición espiritual en la cual no deseo tomar parte. En la historia, las aguas estancadas, sean las de la costumbre o las del despotismo, no toleran la vida; la vida depende de la agitación que realizan unos pocos individuos excéntricos. En homenaje a esa vida, a esa vitalidad, la comunidad debe aceptar ciertos riesgos, debe admitir una porción de herejía. Debe vivir peligrosamente, si es que quiere vivir.

A primera vista, parecería que países como Alemania, Italia y Rusia satisfacen esta condición. Difícilmente podríamos quejarnos de estancamiento social, con respecto a cualquiera de ellos; y los efectos del estancamiento intelectual necesitan varios años para manifestarse. Los hechos económicos han sido confundidos en esos países por el oportunismo político. Pero un hecho, y sólo uno, surge cuando han sido desechadas todas las consideraciones tem-

o chama ←  
RÜTTLER em  
e abensom

**8**

Pedidos a: EDITORIAL RECONSTRUIR  
Casilla de Correo 320 Buenos Aires

**\$ 40.-**